




INIMAGINABLE

Traducción
de Paz Prunedá

DINA SILVER

amazon crossing 

INIMAGINABLE

DINA SILVER

INIMAGINABLE

Traducción de

Paz Pruneda

amazoncrossing 

Título original: *The Unimaginable*

Publicado originalmente por Lake Union Publishing, Estados Unidos, 2014

Edición en español publicada por:

AmazonCrossing, Amazon Media EU Sàrl

5 rue Plaetis, L-2338, Luxembourg

Marzo, 2015

Copyright © Edición original 2014 por Dina Silver

Todos los derechos están reservados.

Copyright © Edición en español 2016 traducida por Paz Prunedá

Adaptación de cubierta por Pepe *nymi*, Milano

Primera edición digital 2016

ISBN: 9781503934030

www.apub.com

ÍNDICE

[ACERCA DE LA AUTORA](#)

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[EPÍLOGO](#)

[NOTA DE LA AUTORA](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

ACERCA DE LA AUTORA

Dina Silver es escritora, amante del vino y una experta en aparcar el automóvil en línea en espacios pequeños. Vive con su marido, su hijo y su gato atigrado de nueve

kilos en un barrio residencial de Chicago. Preferiría vivir en un lugar donde hiciera calor todo el año, pero entonces nunca se quedaría en casa y no escribiría nada. Para

más información sobre Dina y sus otros libros, visítese www.dinasilver.com.

PRÓLOGO

Nunca olvidaré el olor. En muchos sentidos resultaba discordante, pero imposible de olvidar porque hasta entonces jamás había tenido miedo de ningún olor. Cerré los

ojos y respiré por la boca mientras esperaba mi turno.

Vinieron a por mí en tercer lugar.

Me puse en pie y me vendaron los ojos —no muy fuerte, de forma algo descuidada— y luego me llevaron arriba. No desperté de mi pesadilla, pero cuando

el aire fresco azotó mi rostro, me dio esperanzas. Casi lloré de alivio cuando la brisa del océano me envolvió. El húmedo aire salado era mi libertad y pensé para mis

adentros que con solo meterme en el agua todo iría bien. Pero no había ningún camino fácil para alcanzar la seguri-

dad. Ninguna brecha en el sistema que estaba diseñado para mantenerme en el sitio. Estaba allí por una razón y solamente por una: era una mera pieza de intercambio.

Mis piernas estaban entumecidas y débiles y, privada de la vista, carecía de todo sentido de la orientación. En cuanto me liberé de sus garras, sin saber en un

principio qué dirección tomar, giré en redondo y dirigí mis pasos a todo correr por el estrecho pasillo que llevaba hasta la proa. El olor del agua se hizo tan intenso que

casi podía sentirla en mi piel. *Simplemente, llega hasta la borda y salta. No dudes, no mires atrás, no pienses.* El agua me cubriría y estaría segura.

Tenía que alcanzar mi meta. Los de abajo contaban conmigo y me negué a volver a descender. Mis pies estaban tan decididos como mi mente y, finalmente,

supe con exactitud dónde me encontraba. La venda de los ojos se deslizó y recuperé la visión tan pronto como doblé la esquina y pude ver que solo me separaban del

borde dos zancadas más.

Casi lo logré.

CAPÍTULO 1

Seis meses antes

La única razón por la que lloré en el funeral de mi madre fue por ver a mi hermana Caroline tan desolada... Y allí estaba ella de nuevo, sumida en la tristeza,

pero esta vez era por mí. Era el 3 de agosto de 2010 y habían pasado dos meses desde que mi madre murió, cuarenta y cinco días desde que perdí mi trabajo de

profesora y quince años desde que soñé por primera vez con abandonar Indiana.

Y ahora estaba subiendo a un avión con destino a Tailandia.

Era la primera vez que volaba.

Caroline, veintidós años mayor que yo, me había llevado hasta el aeropuerto, conduciendo en silencio y secándose las lágrimas la mayor parte del trayecto.

Dejarla iba a resultar para mí la parte más dura.

Nos quedamos en pie en la acera un momento.

—Gracias por traerme —dije.

Se cruzó de brazos y asintió de mala gana.

—Sé que no puedes entender por qué hago esto, pero te agradezco que estés aquí. Nunca me habría ido sin despedirme de ti. —Tragué saliva—. Solo me

gustaría que además me dieras tu bendición.

Ella apartó la vista.

—A mi parecer, esto es un tanto radical. Yo podría haberte echado una mano para que encontraras otro trabajo aquí, Jessica.

—¡Qué sabrás tú lo que es radical! —la interrumpí—. Nunca has hecho nada radical, ni siquiera has pensado en hacer nada radical.

Me miró furiosa.

Respiré profundamente.

—Lo siento, pero fíjate en mí. —Hice una pausa y levanté la mano para ahuecar mi espeso cabello rubio. Llevaba la misma media melena hasta la barbilla

desde que tenía doce años. Cuando era pequeña, mi madre prohibía el pelo largo e incluso ahora, ya adulta e independiente, me sentía culpable cada vez que se acercaba

a menos de tres centímetros de mis hombros, y me apresuraba a cortarlo—. Tengo veintiocho años y todavía llevo el corte de pelo que le gustaba a ella.

—No pienso hablar mal de mamá. Ahora no.

Ni nunca, pensé para mis adentros.

—Esta es mi oportunidad para hacer algo diferente. —Hice otra pausa y traté de encontrar sus ojos, pero mi hermana miró hacia otro lado—. No quiero otro

trabajo aquí, ya lo sabes. Quiero un cambio de escenario, algo diferente... Necesito algo distinto. Lo único que me retiene aquí eres tú. No quiero decir con esto que no

sea suficiente...

Levantó la mano para callarme.

—Sé que no es bastante para ti, pero he hecho todo cuanto he podido, de verdad.

—Ya lo sé —contesté, y nos abrazamos.

Siempre he tenido la sensación de haber nacido en la familia equivocada en la ciudad equivocada y mi madre nunca hizo nada para borrar esos sentimientos.

Mantener el status quo y la palabra de Dios era todo lo que me estaba permitido hacer. Ir a la escuela. Ir a la iglesia. Buscar un trabajo. Encontrar un buen hombre.

Aprender a hacer tarta de manzana. Dejar el mencionado trabajo y empezar a tener hijos. Ayudar en las tareas de la iglesia. Aprender a hacer más tartas. Quizá de cerezas.

Caroline era mi punto de amarre. Cuando era niña me cantaba para que durmiera, secaba mis lágrimas cuando mi adolescente corazón sufría por una ruptura

y, hasta donde puedo recordar, fue la única persona que siempre me quiso. Pero una hermana no es una madre, por mucho que lo intente o por mucho que crea que lo es.

Caroline era profesora, así que me hice profesora. Asistí a la misma facultad que ella y me gradué con un trabajo de profesora de segundo curso en la Escuela

de Educación Primaria Milford de Wolcottville, en Indiana. En mis ratos libres se me podía encontrar en la biblioteca, rebuscando entre los DVD. Solía sentarme horas y

horas viendo películas norteamericanas y extranjeras rodadas en lugares exóticos, siempre soñando con el desafío que supondría vivir sin centros comerciales en las

afueras ni bares transmitiendo deportes por la televisión. Imágenes fotocopiadas de playas de arena blanca, *palapas*,

veleros y montañas cubiertas de hierba verde

decoraban la pared del cabecero de mi cama, de tal modo que todas las mañanas me despertaba rodeada de fotografías de los sitios en que me habría gustado estar.

—No durarías ni un día —solía decirme Caroline.

—Tienes razón —contestaba yo—, duraría toda mi vida.

Quería a Caroline más que a nadie en el mundo y, lamentablemente, más de lo que ella se quería a sí misma. Se había casado muy joven, en cuanto acabó sus

estudios, y cuando su marido supo que no podía tener hijos, se divorció de ella rápidamente.

Yo era todo lo que tenía.

Intentaba desesperadamente que yo compartiera sus mismos sueños y, durante un tiempo, intenté complacerla con todas mis fuerzas, pero dentro de mí

sentía envidia de aquellos que se habían liberado de la monotonía del condado de LaGrange. Y desaparecida mi madre, me había llegado el turno.

Seguimos así unos segundos más hasta que Caroline rompió el incómodo silencio.

—Quiero enseñarte algo. —Hurgó en una bolsa de papel marrón que había traído con ella y sacó un álbum de fotografías atado con un largo y fino cordón de

cuero—. Echa un vistazo a esto.

Cogí el álbum y desaté el cordón. En el interior, las páginas estaban gastadas y llenas de fotografías —algunas en color,

otras en blanco y negro— de una

hermosa joven posando en todas las calles de la ciudad de Nueva York y luciendo la sonrisa más grande y luminosa que había visto en toda mi vida. Apenas podía

reconocerla pero se parecía muchísimo a mí. De pequeña estatura, delgada, ojos azules y pelo rubio —solo que el suyo más largo—. Había fotografías en que lucía una

minifalda y botas hasta la rodilla frente a la Estatua de la Libertad, otras con un suéter apretado y pantalones acampañados en el edificio del Empire State o con

vaqueros en el puente de Brooklyn.

—Es mamá —dijo Caroline mientras pasaba las páginas—. En su luna de miel. Cuando todavía era algo soñadora, igual que tú.

Me llevé la mano a la boca.

—Lo encontré cuando estaba limpiando su armario —explicó encogiéndose ligeramente de hombros—. Creo que te pareces a ella más de lo que crees.

Cerré el álbum y lo apreté contra mi pecho.

—Gracias —murmuré.

Apesadumbrada y a la vez llena de esperanza, me di la vuelta y entré en el edificio.

CAPÍTULO 2

Cuando veinticuatro horas más tarde aterrizamos en el aeropuerto internacional de Phuket, estaba hecha un desastre. Sobre todo porque treinta minutos después de

despegar me había derramado por mi blusa blanca el contenido entero de un tetrabrik de zumo de tomate. Además, no había conseguido dormir bien y mi cabello tenía el

aspecto de haber sido peinado con una batidora. La señora Smythe, de la agencia local de viajes en Wolcottville, me había ayudado a localizar un sitio donde alojarme

cerca de Tall Trees, la escuela donde pronto comenzaría a trabajar, así que en cuanto pasé por la aduana y sellé el pasaporte por primera vez, salí a buscar un taxi que

me llevara a mi nuevo hogar.

Era última hora de la tarde del sábado y la cola de los taxis, como la de la aduana, era un auténtico caos. La gente se empujaba, agitaba los brazos y se gritaba

órdenes en un idioma incomprensible para mí. Me pasé todo el tiempo intentando controlar mi pasaporte y mis pertenencias, segura de que se me estaba olvidando

algo, pero había tanta actividad que resultaba difícil concentrarse. En el momento en que creí que ya había llegado al principio de la fila, no menos de cinco personas se

me colaron y se subieron al primer taxi sin importarles nada que yo estuviera esperando delante de ellos. Tenía tanto equipaje —tres bolsas grandes de viaje, una

pequeña maleta con ruedas, mi mochila, mi portátil y el bolso— que me aterrorizaba alejarme siquiera un segundo de todo aquello.

—¡Vas tú, bruja! —gritó un hombre tan cerca de mí que me sobresaltó.

—Perdone, ¿qué es lo que ha dicho? —pregunté sobresaltada.

A pesar del sofocante calor, el hombre vestía un chándal de terciopelo rojo, cinco collares de oro y suficiente colonia como para dormir a un caballo. Llevaba

un maletín de cuero en su mano derecha y un cigarrillo en la otra y, si nos hubiéramos encontrado en cualquier otra parte del mundo, habría echado a correr, pero algo en

su cara y el hecho de que reconociera que era yo la que estaba fuera de lugar, y no él, hizo que deseara confiar en él. Al menos el tiempo suficiente para que pudiera

retirar mi equipaje de la acera y meterlo en un taxi.

—¿En qué dirección va? —preguntó señalando la fila de taxis.

—¡Oh, bueno! Voy a... —Hice una pausa mientras buscaba en mi mochila el trozo de papel donde estaban apuntadas mis nuevas señas y se las mostraba.

Asintió y luego dio un grito a un hombre que estaba al principio de la cola. No entendí una palabra de lo que dijo, pero el hombre vino, cargó con todos mis

bultos y los metió en el maletero del vehículo.

—M mm... Muchas gracias —dije extendiéndole la mano.

—Soy Niran. He nacido en Phuket —explicó mientras nos estrechábamos las manos—. ¿Me conoce tal vez?